



Fundamentos en Humanidades

ISSN: 1515-4467

fundamen@unsl.edu.ar

Universidad Nacional de San Luis
Argentina

Morales de Barbenza, Claribel
Personalidad e inteligencia
Fundamentos en Humanidades, vol. V, núm. 10, 2º semestre, 2004, pp. 69-86
Universidad Nacional de San Luis
San Luis, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18401005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Fundamentos en humanidades
Universidad Nacional de San Luis
Año V - N° II (10/2004) 69 / 86 pp.

Personalidad e inteligencia

Claribel Morales de Barbenza
Universidad Nacional de San Luis
e-mail: claribar@unsl.edu.ar

Resumen

La relación entre personalidad e inteligencia –ambos conceptos de una gran amplitud y complejidad- ha preocupado a numerosos teóricos e investigadores, particularmente desde mediados de la década de 1980. En esta presentación se hace referencia a teorías de la inteligencia relativamente nuevas y a los factores que inciden en su génesis y desarrollo. Se analizan luego algunas propuestas de científicos de la década de 1990 dedicados a investigar lo que, en un intento por integrar ambos constructos teóricos, han dado en llamar “la interfaz entre personalidad e inteligencia”. Se ofrece finalmente una visión sistémica de la problemática relación personalidad - inteligencia que, sin dudas, plantea otro tipo de dificultades a la hora de llegar a un acuerdo generalizado, a pesar de que la mayoría de los autores adopta, para el estudio del problema en cuestión, las bases conceptuales y el tipo de variables que aquí se exponen.

Abstract

The relationship between personality and intelligence -being both very wide and complex concepts- has been of concern to many theorists and researchers since the mid-1980s. This work deals with relatively new intelligence theories and with the factors that influence their genesis and development. Then, some proposals of scientists from the 90s are analyzed. These scientists, in an attempt to integrate both theoretical constructs, are devoted to research on the so-called “interface between personality and intelligence”. Finally, a systemic perspective of the problematic “personality - intelligence relationship” is put forward. Undoubtedly, this issue poses other type of difficulties when trying to reach a generalized agreement,

although most authors adopt the conceptual basis and type of variables above mentioned for the study of the issue at stake.

Palabras clave

personalidad - inteligencia - interrelación

Key words

personality - intelligence - interrelation

**Personalidad e inteligencia
Algunos antecedentes históricos**

El interés por la descripción global de la personalidad surgió de las investigaciones realizadas a fines del siglo XIX por Galton quien, con el propósito de resolver la problemática de las diferencias individuales, se dedicó a observar y medir características y conductas de la gente; se dice que quienes visitaban el South Kensington Museum de Londres, por unas pocas monedas podían conocer una serie de medidas acerca de su persona, tomadas por Galton en su laboratorio. Obtuvo así una suerte de inventario de las habilidades. En su libro *Inquiries into human faculty and its development* (1883) plasmó sus propuestas de medida e ideó la aplicación de la curva normal de distribución de los datos obtenidos en grandes grupos de personas. La mayor importancia de su aporte consiste en la búsqueda de leyes de *la totalidad de la conducta humana* (Sánchez Cánovas y Sánchez López, 1994), totalidad que incluía la capacidad intelectual. Su concepción acerca de la inteligencia tiene una fuerte base de orden biológico, atribuible a la influencia de la teoría de la evolución de Darwin.

La trascendencia de Galton en la historia de la psicología radica fundamentalmente en haber aportado las ideas primigenias que habrían de conducir a Pearson a desarrollar la ecuación de correlación entre variables, y luego a Spearman a investigar la vinculación correlacional de los resultados en tests de aptitudes intelectuales, que dio origen a su teoría bifactorial de la inteligencia: Factor g, inteligencia general y factores e, aptitudes específicas. A partir de ese primer intento los así llamados factorialistas -Burt y Thomson en Gran Bretaña y Thurstone en Estados Unidos- produjeron, además de sus propias propuestas de solución al problema de la cantidad de factores que conformarían la inteligencia, una encendida polémica que terminó en un acuerdo tácito: la inteligencia está compuesta por un factor general y varios factores específicos.

En la primera década del siglo XIX, Binet, desde otra perspectiva, se ocupó de la inteligencia como capacidad de aprendizaje, solución de problemas y aptitudes para enfrentar situaciones de la vida diaria. Es bien conocido el test de inteligencia de Binet, su origen y aplicación en relación con la educación en la Francia de principios de 1900 y el éxito que este instrumento tuvo posteriormente, en especial en Estados Unidos, donde fue introducido por Goddard y difundido por Terman, luego de su reformulación, en colaboración con Simon.

He mencionado sólo a estos dos pioneros y a algunos de sus seguidores porque considero que son quienes representan con mayor significación el inicio del estudio científico de la inteligencia, aunque con las limitaciones propias del desarrollo de la disciplina en esa época.

Posteriormente, otros investigadores han propuesto modelos para explicar el funcionamiento de la inteligencia. Guilford (1967) desarrolló un modelo tridimensional de la estructura de la inteligencia, compuesto por 120 factores, distribuidos en tres ejes interrelacionados: operaciones, contenidos, productos. Pudo constatar empíricamente la existencia de solamente 74 de los 120 factores. Raymond Cattell (1971), desarrolló un modelo mucho más sencillo, que establece una diferencia entre *inteligencia fluida*-libre o al margen de los aprendizajes escolásticos, o sistemáticos de otra naturaleza- e *inteligencia cristalizada*, resultante de la influencia y combinación de tales aprendizajes.

Los instrumentos diseñados para evaluar el nivel de inteligencia parecían, por lo general, estar hasta ese momento dissociados de los que habían sido creados para evaluar la personalidad, salvo en el caso excepcional del PF16 de Cattell, en el que la inteligencia es uno de los 16 factores constituyentes de la personalidad, si bien en muchos casos suele dejárselo al margen a la hora de hacer un diagnóstico basado en el PF16.

El Psicodiagnóstico de Rorschach hizo también una contribución específica a la medición de la inteligencia. El propio Rorschach expresó que *“su test constituía un examen de inteligencia casi completamente independiente del saber, de la memoria, de la experiencia y de la cultura”* (Bohm, 1970: 207). Dice Bohm: *“Con el Rorschach es posible averiguar si la disminución del rendimiento en los resultados representa realmente una falta de inteligencia, ... un defecto de inteligencia o una represión de la inteligencia”*, (Bohm, 1970: 208), que consiste en una represión afectiva del pensamiento o del rendimiento. Samuel Beck (1930) señalaba que el test de Rorschach tiene las siguientes ventajas como recurso para medir la inteligencia: es un instrumento libre de influencias académicas; los estímulos son

sencillos y objetivos; puede aplicarse a cualquier persona, independientemente de su nivel intelectual.

¿La inteligencia es un rasgo de la personalidad?

Frente a la postura de prescindencia de las influencias culturales, sociales y situacionales a la hora de definir la inteligencia y demás atributos personales, la “revolución cognitiva”, iniciada en la década de 1950, planteó una serie de cuestionamientos acerca de la legitimidad de la construcción teórica *rasgo* -que se venía utilizando para explicar las acciones de las personas-, dando preferencia a la interacción *persona - situación*. Mischel (1968), resaltando la influencia de la situación sobre el comportamiento, afirma que “*las respuestas no están libres de estímulos*” y que “*la conducta se ve siempre afectada por el contexto en el que se produce*” (Mischel, 1968: 53). Con respecto a la inteligencia, consideraba que “*las conductas intelectuales y cognoscitivas tienden a ser más consistentes a través de las situaciones, que la mayor parte de las dimensiones de la personalidad*” (Mischel, 1968: 211). Si el lector se atiene literalmente a la terminología utilizada por Mischel, el contenido de este párrafo sugiere que el autor considera a la inteligencia como una construcción teórica separada de la personalidad, y con una entidad diferente. Cabría preguntarse si, además, aquí no podría abrirse otro interrogante: ¿Cuál sería el alcance de las diferencias entre conductas intelectuales y cognoscitivas? A partir de entonces, y hasta el advenimiento de las primeras teorías integradoras de la personalidad, el concepto de *rasgo* estuvo cuestionado.

Podría decirse que el interés por el problema de la relación inteligencia -personalidad no había tenido antes la preponderancia que se observó a partir de la década de 1980; los aportes tendientes a su solución tuvieron un notable incremento en la década de 1990. Baron (1987), había observado que la teoría de la personalidad, a principios de la década de 1980, estaba siendo marginada por los investigadores, preocupados por cuestiones más puntuales o de menor envergadura. En defensa de las teorías del *rasgo* y refiriéndose a la relación entre inteligencia y personalidad, manifiesta que “*la inteligencia en sí está constituida en parte por lo que tenemos que denominar rasgos intelectuales de la personalidad*”. Agrega a continuación que esta conclusión no depende de un compromiso con la teoría de la personalidad como tal, sino que es resultado de sus estudios y reflexiones acerca de la inteligencia, relativas a su naturaleza y a sus manifesta-

ciones. Baron define el *rasgo* como “una disposición (inferida) estable para comportarse de cierta forma en cierta clase de situaciones, en relación con la manera en que se comportan los otros” (1987: 524).

Con el objeto de mostrar que la teoría de la personalidad y los métodos que se utilizan para investigar los rasgos en esa área pueden aplicarse también al estudio de la inteligencia, Baron plantea varias posibles relaciones: 1) correlaciones observadas entre mediciones de personalidad y de inteligencia; 2) el contexto social de la inteligencia; 3) la generalidad de los rasgos y la moldeabilidad de los rasgos.

Con respecto al primer punto, cita estudios en los que se han encontrado correlaciones negativas entre inteligencia y ansiedad rasgo y entre inteligencia y tristeza; y correlaciones positivas con creatividad, capacidad de los niños para retrasar la gratificación y con la necesidad de logro. El autor cuestiona la interpretación de los resultados obtenidos mediante el método correlacional, dado que una correlación no siempre indica una relación estable.

Las investigaciones sobre las relaciones entre estilos cognitivos y rasgos o conducta social también han hecho su aporte en ese sentido. Un ejemplo de ello son los trabajos de Witkin y Goodenough (1981), quienes propusieron los estilos cognitivos que denominaron *dependiente de campo e independiente de campo*, estudiando luego su relación con características o rasgos de personalidad.

Numerosos investigadores han intentado demostrar la relación entre ambos constructos, sobre la base de diversas teorías de la personalidad, utilizando técnicas correlacionales. Tal ocurrió con estudios realizados con el propósito de establecer la relación entre dimensiones de la personalidad propuestas por el modelo de los cinco grandes factores (Modelo Big Five), particularmente la dimensión Apertura Mental. (McCrae y Costa, 1985; Digman, 1990; Goldberg, 1990).

En todos los casos, ya se trate de correlaciones positivas o negativas, se está hablando de resultados referidos a rendimiento, evaluado mediante tests u otro tipo de indicadores de capacidad intelectual. Obviamente, dado que la correlación no implica una relación causa - efecto, la causa o las causas que operan sobre una variable determinada pueden ser otras, muy diferentes, o bien el extremo final de una cadena de variables.

Sin embargo, partiendo del supuesto que cuando, tanto la variable inteligencia como los rasgos de personalidad se estén evaluando mediante instrumentos confiables y válidos, las correlaciones que se obtengan pueden resultar útiles. Baron previene, asimismo, sobre la validez de los resultados que se pueden obtener mediante el método de senderos (path analysis) cuando se intenta analizar

los efectos de variables diversas sobre otra variable, puesto que las variables pueden diferir entre sí en fiabilidad y validez de las medidas.

Volviendo a la consideración del concepto *rasgo*, Brody y Ehrlichman (2000) lo definen como “...la tendencia de un individuo a comportarse de una forma consistente en muchas situaciones distintas. Se supone que cada rasgo está relacionado con un comportamiento en un conjunto de situaciones” (2000: 29). Aclaran que el rasgo debe pensarse como una *disposición*, es decir “una tendencia latente a comportarse de una manera concreta que sólo se manifiesta en situaciones determinadas” (2000: 30).

Si la inteligencia es un rasgo más de la personalidad, ¿estaría también sujeta a la influencia social? Este tema ha sido también objeto de investigación y de discusión. Rescatando la distinción entre inteligencia fluida e inteligencia cristalizada propuesta por Raymond Cattell (1971), puede suponerse que la inteligencia fluida es la capacidad básica, mayormente determinada por factores genéticos, en tanto que las influencias sociales o culturales, fundamentalmente el aprendizaje sistemático, juegan un rol de gran importancia en el desarrollo de la inteligencia cristalizada, acorde esto con la definición acuñada por Cattell. Sobre la base de esta distinción cabe suponer que los tests para “medir” la inteligencia desarrollados a partir de Binet (Binet-Simon y sus revisiones, Army Test A, Wechsler Adultos, WISC, WPPSI y otros), estarían evaluando la inteligencia cristalizada. Existen tests considerados “libres de influencias culturales”, tales como el Test de Matrices Progresivas de Raven y otros tests gráficos, como el Test de Retención Visual de Benton, el ya mencionado Rorschach, el Test de Inteligencia Infantil de Goodenough, etc.

Si por influencia cultural se consideran los efectos que el medio ejerce sobre la persona, es preciso diferenciar lo que podríamos denominar los “nichos culturales” en los que se desarrollan los grupos humanos. Si bien las influencias culturales, gracias a la tecnología de la información, actualmente han trascendido los límites de cada cultura o subcultura de un modo impensado años atrás, las diferencias en la posibilidad de acceso a la información, sea cual sea el origen de ésta, aún se mantienen (por ejemplo: algunas poblaciones o grupos humanos de países africanos, australianos, sudamericanos, etcétera).

Ningún test de inteligencia escapa a las influencias culturales. El test de Raven, que sólo propone al evaluado encontrar relaciones y correlatos entre figuras neutras, supone algún tipo de experiencia previa en el hallazgo de tales relaciones en actividades de la vida diaria o en el aprendizaje escolar. Algo similar ocurre con el Dibujo de la Figura Humana. Tal es el caso de los resultados obtenidos

en estudios transculturales por psicólogos cognitivos; Wagner (1978), Sharp, Cole y Lave (1979) han encontrado que la escolarización favorece el rendimiento en este tipo de tests, en cualquier cultura.

Superadas hace tiempo las disputas sobre la existencia o no de los rasgos, vinculada a su vez con el tema de la preponderancia de la persona sobre la situación o viceversa, para dar lugar al concepto de interacción, queda aun pendiente de resolución el problema de si la inteligencia puede considerarse un rasgo de la personalidad.

En su libro *Personalidad y diferencias individuales*, publicado en 1986, Eysenck y Eysenck expresan que, por lo general, la inteligencia es incluida en la personalidad; pero, tras considerar que su inclusión, o no, es una cuestión semántica, restan importancia al tema, sin abandonar, sin embargo, la propuesta de Hans J. Eysenck (1970) de considerar a la personalidad como un concepto de mayor amplitud que incluye, por una parte, el temperamento -que englobaría los aspectos no cognitivos de la personalidad- y, por otra, la inteligencia -que abarcaría los aspectos cognitivos.

Desde 1986 a la fecha ha habido grandes avances en la conceptualización de la personalidad. En la actualidad, efectivamente, el problema de la relación entre personalidad e inteligencia va mucho más allá de una cuestión meramente semántica.

Nuevos aportes al tema de la interfase personalidad / inteligencia

Personalidad e inteligencia han sido los dos grandes temas que han ocupado a la psicología científica desde su advenimiento como tal. Como se mencionó al comienzo, la década de 1990 ha sido rica en intentos de solucionar la así llamada "interfase entre personalidad e inteligencia"¹. En la actualidad se tiende a considerar a ambos constructos como dos totalidades constituidas por componentes relacionados entre sí. Desde ese punto de vista, el concepto de interfase resulta particularmente adecuado, desde el punto de vista de su integración.

Brody y Erlichman (2000) hacen alusión a una frase de Mischel en la que señalaba que los psicólogos de la personalidad siempre han dejado al margen el papel de la inteligencia para mantenerse fieles a la dicotomía tradicional entre *habilidades y personalidad*. No obstante, a pesar de ello, habría reconocido que las competencias cognitivas, medidas según la *edad mental* y los tests de cocien-

¹ El término interfase o interfaz alude a una frontera convencional entre dos sistemas o unidades, que permite intercambio de información.

te intelectual, prueban que constituyen uno de los mejores indicadores para predecir el desarrollo y la integración social.

En el Volumen 7 de *Personality Psychology in Europe* (1999), Saklofske, Matthews, Zeidner, Deary, Austin y Sternberg, efectúan varios aportes al problema de la integración entre personalidad e inteligencia. Describen a la personalidad como un constructo de orden superior que puede contener dos categorías complementarias: por una parte, los componentes no cognitivos -que incluyen el afecto y la motivación-, y los componentes cognitivos, incluyendo la inteligencia.

En el modelo de los cinco grandes factores de la personalidad (Big Five Model), elaborado por Costa y McCrae (1992), se incluyó una dimensión o factor personal denominado *Apertura a la experiencia*, cuyo contenido sería equivalente a algunas funciones de carácter intelectual, tal como lo considera Goldberg (1990), quien la ha rotulado como *Intelecto*. En suma, desde la perspectiva del Modelo Big Five, este factor podría ser incorporado al constructo personalidad, como una de sus dimensiones.

En su teoría de las inteligencias múltiples, Gardner (1983, 1993) incluye la *inteligencia intrapersonal* y la *inteligencia interpersonal* como dos de las siete competencias intelectuales. Autores como Bouchard (1995) cuestionan la legitimidad de denominar *inteligencia* a la capacidad de establecer relaciones interpersonales o de relacionarse con uno mismo y considera que tales habilidades son atribuibles al área de la personalidad. Barrat (1995), por su parte, estima que incluir a la inteligencia como un factor en un modelo de tres, cinco o 16 factores, no es suficiente para integrar *personalidad e inteligencia*.

Saklofske y Zeidner editaron en 1995 un volumen en el que se resumen los hallazgos más recientes en ese momento y se examinan las posibles áreas de análisis de la interfase. Las consideraciones más destacadas fueron las siguientes: "1) *Las variables personalidad e inteligencia pueden influirse mutuamente e interactuar con respecto a su desarrollo, manifestación y evaluación.* 2) *El campo de la personalidad es frecuentemente considerado como la combinación y organización de todas las dimensiones evaluables de las diferencias individuales, a través del tiempo y las situaciones.* 3) *La inteligencia a menudo es considerada como la parte cognitiva de la personalidad, de manera que ambos constructos están interrelacionados*" (Saklofske, Matthews, Zeidner, Deary, Austin y Sternberg, 1999: 236).

Para el avance en el esclarecimiento del tema en estudio, Snow (1995) consideró necesario: 1) Desarrollar modelos adecuados a la complejidad de las interacciones persona - situación; 2) construir una taxonomía de los constructos per-

sonales que sea comprensiva y útil; 3) Aprender a complementar diferentes métodos, enfoques y evaluaciones.

En 1995 Zeidner sostenía que el problema de la interacción y la dirección de la causalidad entre inteligencia y personalidad permanecía irresuelto hasta entonces porque la mayoría de la investigación se basaba en estudios correlacionales, cuyos resultados podían ser interpretados de varias maneras. Por ejemplo, inteligencia y personalidad pueden ser variables bidireccionales, es decir, tanto dependientes como independientes, o bien ser tanto una como la otra, variables moderadoras; hasta, en algunos casos se las ha calificado de "intrusivas".

Numerosos investigadores han intentado demostrar la relación entre ambos constructos, sobre la base de diversas teorías de la personalidad, utilizando técnicas correlacionales. Tal ocurrió, como se mencionó previamente, con estudios realizados con el propósito de establecer la relación entre dimensiones de la personalidad y la inteligencia, (McCrae y Costa, 1985; Digman, 1990; Goldberg, 1990; Harris, 2004).

Nuevos modelos teóricos han dado origen a intentos de integración entre ambos constructos, mediante métodos que aventajan sobradamente a los estudios correlacionales. Algunas de estas propuestas conciben a la inteligencia y a la personalidad humanas como "*dinámicos y complejos patrones de conducta social*" (Ford, 1995). Boekaerts (1995) define a la inteligencia como competencia objetiva y a la personalidad como competencia subjetiva; su integración, dice, conforma un medio interno dinámico y efectivo para el aprendizaje. Sternberg y Grigorenko (1997) muestran, mediante el modelo mental de autogobierno, que la personalidad y la inteligencia pueden ser unificadas mediante el análisis de los estilos de pensamiento.

Desde una postura diametralmente opuesta, Endler y Summerfeldt (1995) sostienen que ambos constructos se mantienen diferenciados, dado que la inteligencia "*...representa la flexibilidad, la precisión y la complejidad de la configuración cognitiva total, en tanto que la personalidad se manifiesta en la expresión del pensamiento y la emoción, la actividad interpersonal y el funcionamiento adaptativo general*".

Stankov, Boyle y Cattell (1995) señalan que desde otras disciplinas y también desde fuentes no científicas pueden hacerse importantes aportes al estudio de inteligencia y personalidad, por vías diferentes a los enfoques tradicionales, planteando nuevas preguntas y generando nuevas indagaciones. Ciencias como la genética, la neurología, la endocrinología, la bioquímica, la psicofarmacología y especialmente, la neuropsicología, la psiconeuroinmunología, han ampliado en

forma considerable las posibilidades de investigar el área en cuestión. Las influencias ambientales, especialmente las socioculturales tienen un lugar equivalente a las ciencias antes mencionadas cuando se trata de considerar la interfase entre personalidad e inteligencia.

A propósito del problema de cuál de los dos dominios -genético o social- aporta a la constitución de la persona la mayor proporción de la varianza, algunos autores se han referido a la vieja dicotomía natura - nurtura, que sólo podría considerarse dicotomía desde un punto de vista especulativo, puesto que el ser humano es social por naturaleza.

Puntos salientes en la investigación de la interfase personalidad / inteligencia

Saklofske et al. (1999) sugieren que, a los fines de lograr un avance en la investigación de la interfase personalidad/ inteligencia se deberá tener en cuenta varias direcciones potenciales:

Precisión en la conceptualización y en las taxonomías.

Actualmente no está claro si se trata de dos conceptos necesariamente diferenciados, o de dos categorías que se intersectan o de conceptos supra ordenados / subordinados jerárquicamente, con uno u otro en la categoría superior. Generalmente la inteligencia se considera como subordinada a la personalidad. Snow (1995) opina que el desarrollo de una taxonomía de constructos referidos a diferencias individuales favorecería la integración de la dupla personalidad - inteligencia.

El análisis factorial ha sido la herramienta tradicionalmente utilizada para desarrollar taxonomías en los más variados dominios, especialmente en las áreas cognitiva y afectiva. Paulatinamente, el método se ha ido perfeccionando y se dispone en la actualidad del análisis factorial confirmatorio, los modelos de ecuaciones estructurales, técnicas de modelamiento multinivel, etcétera, que permiten avanzar en la conceptualización, la evaluación, y el desarrollo de modelos estadísticos de ambas construcciones teóricas.

Mediante procedimientos de análisis factorial se han realizado mapeos tentativos de la inteligencia y la personalidad, que han dado como resultado la ausencia de algunos rasgos o constructos, que sistemáticamente han sido desconocidos por las teorías actuales.

Obviamente, el análisis factorial no es una herramienta mágica que produzca una descripción exhaustiva de la estructura de la personalidad o de la inteligencia, pero sin duda paulatinamente los especialistas avanzan en el intento.

El segundo punto que atañe a los propósitos para futuras investigaciones consiste en lograr una clara especificación del significado y la naturaleza de la interacción personalidad / inteligencia.

Snow, R. (1995) sostiene que la interacción entre personalidad e inteligencia puede adoptar muchas formas; entre ellas pueden mencionarse las interacciones dinámicas y transaccionales entre las variables de ambos constructos, como opuestas a las interacciones que éstos puedan producir al impactar sobre criterios externos, tales como liderazgo, creatividad, etcétera. En el primer caso, es preciso atender a las relaciones recíprocas a lo largo del desarrollo. Si el interés se centra en el conocimiento de cómo personalidad e inteligencia interactúan para impactar sobre una tercera variable, es preciso diferenciar entre una serie de interacciones, tales como efectos sinérgicos (una variable potencia a la otra: la motivación puede incrementar la inteligencia de las acciones); efecto buffer (una de ellas amortigua el efecto de la otra: la inteligencia puede contribuir a disminuir las consecuencias dolorosas de un hecho penoso). También es preciso tener en cuenta los casos en que personalidad e inteligencia actúan en forma aditiva, pero no interactiva, es decir que contribuyen independientemente a la producción de algún resultado, en relación con una tercera variable.

En tercer lugar, como ya se dijo anteriormente, los diseños meramente correlacionales no resultan adecuados para desentrañar las vinculaciones entre personalidad e inteligencia. Actualmente existen diseños multivariados y longitudinales que, lamentablemente, no son muy conocidos y, por lo tanto no se utilizan suficientemente; Tal es el caso de los diseños dinámicos longitudinales y del modelo de ecuaciones estructurales complejas. Por otra parte, para la construcción de instrumentos destinados a la evaluación de variables, se han desarrollado también técnicas modernas tales como la Teoría de la Respuesta al Ítem (TRI), univariada o multivariada, que tampoco es suficientemente conocida y aplicada.

Otro aspecto a tener en cuenta en la investigación de la relación personalidad / inteligencia es la necesidad de contar con muestras adecuadas de sujetos y efectuar una correcta -o, por lo menos, lo más correcta posible- selección de variables, de manera de cubrir estratégicamente ambos dominios. (Snow, 1995).

En cuanto a la urgencia de identificar conceptos que sirvan de "puente" para unir los espacios entre los dominios de inteligencia y personalidad, varios investigadores sostienen que hasta hace poco tiempo, las dificultades residían en la inapropiada aplicación de los modelos de evaluación. En lugar de preguntarse "cuánto", en relación a cualquier variable (ej. ¿cuán perceptivo?) hay que pregun-

tarse “cómo” (ej. ¿cómo percibe?). De este modo se reconceptualizará y se estará evaluando variables de estilo en lugar de habilidades.

Saklofske et al. (1995) ponen énfasis en importantes avances realizados desde la psicometría, que permiten acercarse a la solución del problema que nos ocupa. Remarca el hecho de que investigaciones recientes muestran que la inteligencia guardaría mayor relación con variables de la personalidad que reflejan formas típicas de manejar la información. Refiere principalmente al modelo de Sternberg, como un camino adecuado para unir ambos constructos.

Una vía que puede conducir al esclarecimiento de la problemática planteada, es la profundización de la investigación en las diversas áreas de la práctica, incluida el área clínica, sobre la base de modelos teóricos integrativos. Saklofske et al. (1995) consideran que es reducido el número de psicólogos que realmente relacionan ambos constructos en su quehacer cotidiano.

Con respecto a esta última consideración de Saklofske et al. podría objetarse que es posible que no siempre se someta a prueba y evaluación la inteligencia de las personas que consultan por diversos motivos en las distintas áreas en que trabajan los profesionales psicólogos pero, sin duda, cada profesional, aunque no se lo proponga como objetivo, evalúa de algún modo la inteligencia de su cliente o paciente. Vale decir, que ambos constructos, de un modo u otro, se abordan en interrelación y, conforme a ello, se trabaja en cada caso.

Teorías que proponen integrar personalidad / inteligencia

Sternberg (1997) sugiere que las formas de gobierno que existen en el mundo no son otra cosa que la proyección de nuestra organización mental. Su teoría, dice, no es una teoría de la personalidad ni de las habilidades intelectuales sino una teoría de los estilos de pensamiento, que se ubicarían en la interfaz de aquéllas. Cuando clasifica las 3 funciones del autogobierno (legislativas, ejecutivas y judiciales), las 4 formas de autogobierno (monárquico, jerárquico, oligárquico y anárquico), los 2 niveles (personas locales y personas globales), las 2 esferas de acción (Internos o independientes y externos o sociales), y las 2 tendencias (conservadores y liberales), en realidad les está adjudicando el carácter de rasgos fuertemente influidos por los estilos de personalidad, por lo que podría deducirse que la organización mental es parte de la personalidad. Tal conclusión coincide con la propuesta de Baron (1987) quien, en plena discusión acerca de la legitimidad de los rasgos, expresó que los parámetros del pensamiento pueden ser con-

siderados como rasgos o dimensiones de las diferencias individuales entre las personas, aunque hace la salvedad de que los rasgos, si bien son estables, pueden manifestarse de modo diferente y hasta opuesto, según las situaciones.

Estas dos últimas posturas tienden a una aproximación entre ambos constructos, que va más allá de lo que suele denominarse interfaz. *“El desarrollo de la inteligencia está íntimamente conectado con otros aspectos del desarrollo de la personalidad, pues el pensamiento es afectado por los valores, las emociones, etc. De esta manera una comprensión integral del desarrollo intelectual exige una amplia comprensión del desarrollo de la personalidad”*, dice Baron (1987: 533). No obstante, el problema parece permanecer aun sin solución.

Los autores de orientación psicométrica han propuesto definiciones de inteligencia y de personalidad de carácter empírico - operativas, la mayoría de ellas carentes de una teoría que les diera sustento. Sánchez Cánovas (1994) opina que el término *inteligente* es vago, en el sentido de que el significado de una palabra puede ser entendido de diferentes maneras por las distintas personas que la utilizan, dado que la palabra carece de un campo de aplicación estrictamente limitado. Por lo tanto, el concepto de inteligencia debería considerarse un concepto no definido que cumple la doble función de “dar significación a otros signos y actuar como elemento básico en la construcción de teorías”; por otra parte, *“...Estas teorías proporcionan definiciones de otra serie de conceptos que, recíprocamente, reciben su significado a partir del concepto de inteligencia y, a su vez, aclaran dicho concepto”* (Sánchez Cánovas, 1994: 164).

Ejemplos de esto son los conceptos que utiliza Piaget cuando analiza los procesos de la inteligencia: adaptación, asimilación, acomodación; o las funciones de la inteligencia que propone Sternberg, las diversas “inteligencias” de que habla Gardner o, también, la inteligencia emocional que postula Goleman (1996). Creo que es, precisamente, la vaguedad del término lo que posibilitaría la integración del constructo inteligencia con el de personalidad, al menos desde una perspectiva teórica.

Consideremos la teoría que ha desarrollado Sternberg sobre la inteligencia. Cuando describe las formas y los niveles de autogobierno, las esferas de acción y las tendencias, ¿no está identificando modalidades de manejo de la información con rasgos de personalidad, con formas identificables de resolver problemas por distintos tipos de personas? Si bien Sternberg se refiere a procesos intelectuales, los estilos contrapuestos de local y global, independientes y dependientes, conservadores y liberales, demandan una implicancia que va más allá del mero funcionamiento intelectual, ubicándose en el área de los rasgos o esti-

los de personalidad. Brody y Ehrlichman (2000) se preguntan si *"...alguien ha dado una mejor explicación de las cosas arguyendo que el comportamiento impulsivo en una tarea cognitiva refleja 'un estilo cognitivo impulsivo' en lugar de un rasgo general de impulsividad"* (2000: 264).

Gardner (1993), considerando que hasta el momento en que escribió su libro, *"todas las definiciones de la inteligencia llevan la marca de la época, del lugar y de la cultura en que se han desarrollado"*, intentó superar las falencias de las definiciones que, desde su punto de vista, respondían a dos tipos de sociedades, con sus características propias: la sociedad tradicional agrícola y la sociedad industrial. Su teoría de las inteligencias múltiples correspondería a la sociedad posindustrial contemporánea. Es una propuesta cuyo origen difiere de la teoría factorial que proponían Thurstone y otros, (que, de acuerdo a su criterio, pertenecían a la sociedad industrial), pero que, en definitiva, se basa en competencias que varían en las diferentes personas en función de influencias aún no determinadas: ¿potencial neurológico, educación, contexto cultural?

La psicología cognitiva, que en sus comienzos centró sus análisis y desarrollos en el conocimiento, fundamentalmente en el procesamiento de la información, ha ido incorporando progresivamente el estudio de otros procesos, tales como motivación y afecto. Al respecto, Neisser observaba ya en 1967 que *"muchos fenómenos cognoscitivos son incomprensibles, a menos que uno tenga en cuenta lo que está tratando de hacer el sujeto..."* (1967: 15). Al finalizar este libro concluye que *"...una teoría realmente satisfactoria de los procesos mentales superiores podrá cristalizar sólo cuando también tengamos teorías de la motivación, de la personalidad y de la interacción social. El estudio de la cognición es solamente una parte de la psicología, y no puede permanecer aislado"* (1967: 347).

El creciente interés de la psicología por las estructuras cognitivas ha surgido como consecuencia de la atención preferencial que se presta a los procesos psíquicos además de las dimensiones de la personalidad, tanto a su continuidad como a los procesos de cambio (Moreno Jiménez y Peñacoba Puente, 1996).

En tal sentido se ha avanzado de modo considerable. Significativamente, los primeros teóricos que se ocuparon específicamente de la relación entre los procesos cognitivos y los procesos afectivos, Ellis (1962) y Beck (1964), surgieron del campo de la clínica. La tendencia actual se dirige hacia la integración de todos los aspectos de la persona y son muchos los psicólogos clínicos que han propuesto modelos integrativos de la personalidad que incluyen los procesos cognitivos -en otros términos, las habilidades intelectuales en su manifestación procesual-.

¿Existen posibilidades de integrar ambas construcciones teóricas?

Nadie puede negar que, desde cualquier posición epistemológica que se considere, una persona es una unidad bio-psico-social.

Existe una amplísima variedad de propuestas teóricas que definen y describen la personalidad, sus atributos y funciones. Desde el punto de vista de la autora de este trabajo, la teoría general de los sistemas, en sus principios generales, es una excelente base para construir un modelo integrativo y totalizador de la personalidad, en el que la inteligencia ingresa como uno de los componentes del todo (Barbenza, 1986).

La psicología actual se ocupa fundamentalmente de los procesos básicos; procesos que se interrelacionan, que producen efectos, los que a su vez se retroalimentan entre sí y con el contexto en que la persona se halla incluida.

Las construcciones teóricas a las que se está haciendo referencia surgieron como respuesta a la necesidad de satisfacer interrogantes que se vuelven acuciantes a medida que avanza la disciplina psicológica. Si bien el conjunto de los procesos cognitivos -que conforman lo que tradicionalmente se rotuló como *inteligencia*-, continúan considerándose parte de ésta, sobre todo en el área de la psicometría, de hecho se encuentran en el mismo nivel que los procesos básicos que se incluyen en el rótulo de *personalidad*. Ambos son construcciones teóricas que necesariamente se sustentan sobre una base empírica: la persona, cuya cara psicológica es la personalidad.

Referencias bibliográficas

- Barbenza, C.M. (1987). Tendencias integradoras en psicología. *Revista Argentina de Análisis, Modificación y Terapia del Comportamiento*, (3), 5, 7-19.
- Baron, J. (1982). *Personality and intelligence*. En Sternberg, R.J. Handbook of Human Intelligence II. Cognition, Personality and Intelligence. Cambridge: Cambridge University Press.
- Beck, A. (1964). Thinking and depression: 2. Theory and therapy. *Archives of General Psychiatry*, 10, 561 - 571.
- Beck, S. J. (1930). The Rorschach Test and personality diagnosis. *American Journal of Psychiatry*, 10, 19 - 52.
- Benton, A. L. (1974). *Test de Retención Visual*. Madrid: Instituto Nacional de Psicología Aplicada y Psicotecnía.
- Boekaerts, M. (1995). The interface between intelligence and personality as determinants of classroom learning. En D.H. Saklofske & M. Zeidner (Eds.), *International handbook of personality and intelligence*. (pp. 161 -183). New York: Plenum.
- Bohm, E. (1970). *Manual del psicodiagnóstico de Rorschach*. Madrid: Ed. Morata.
- Bouchard, Jr., T.J. (1995). Longitudinal studies of personality and intelligence: A behaviour genetic and evolutionary perspective. En D.H. Saklofske & M. Zeidner (Eds.), *International handbook of personality and intelligence*. (pp 81-106). New York: Plenum.
- Brody, N. & Ehrlichman, H. (2000). *Psicología de la personalidad*. Madrid: Prentice Hall Iberia, S.A. Traducido del inglés: Personality Psychology. The science of individuality. Prentice Hall, 1998.
- Cattell, R.B. (1971). *Abilities: Their structure, growth and action*. Boston: Houghton-Mifflin.
- Costa, P.T. & McCrae, R.R. (1992). *Revised NEO Personality Inventory and NEO Five Factor Inventory. Professional Manual*. Odessa, Florida: Psychological Assessment Resources Inc.
- Digman, J.M. (1990). Personality structure: Emergence of the Five Factor Model. *Annual Review of Psychology*, 41, 417- 440.
- Ellis, A. (1962). *Reason and emotion in psychotherapy*. Secaucus: Lyie Stuart.

Traducido al español: Razón y emoción en psicoterapia. Bilbao: Desclee de Brouwer, 1980.

Endler, N.S. & Summerfeldt, L.J. (1995). Intelligence, personality, psychopathology and adjustment. En D.H. Saklofske & M. Zeidner (Eds.), *International handbook of personality and intelligence*. (pp. 249 - 284). New York: Plenum.

Eysenck, H.J. (1970). *The structure of human intelligence*. Londres: Methuen.

Eysenck H.J. & Eysenck, W.M. (1987). *Personalidad y diferencias individuales*. Madrid: Pirámide.

Ford, M.E. (1995). Intelligence and personality in social behavior. En D.H. Saklofske & M. Zeidner (Eds.), *International handbook of personality and intelligence*. (pp. 125 -142). New York: Plenum.

Gardner, H. (1983) *Frames of mind*. New York: Basic Books.

Gardner, H. (1993). *Multiple intelligences. Theory in practice*. New York: Books.

Goldberg, L.R. (1990). An alternative "description of personality": The big-five factor structure. *Journal of Personality and Social Psychology*, 59, 1216 - 1229.

Goleman, D. (1996). *La inteligencia emocional*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.

Guilford, J.P. (1967). *The nature of human intelligence*. New York: McGraw-Hill.

Harris, J.A. (2004). Measured intelligence, achievement, openness to experience and creativity. *Personality and Individual Differences*, 36, 913 - 929.

McCrae, R.R. & Costa, P.T. (1985). Updating Norman's "adequate taxonomy": Intelligence and personality dimensions in natural language and in questionnaires. *Journal of Personality and Social Psychology*, 49, 710 - 721.

Mischel, W. (1968). *Personalidad y evaluación*. México: Trillas.

Mischel, W. (1979). On the interface of cognition and personality. *American Psychologist*, 34, 740 - 754.

Moreno Jiménez B. & Peñacoba Puente, C. (1996). El sujeto cognitivo. En A. Fierro (Comp.) *Manual de psicología de la personalidad*. Barcelona: Paidós, Cap. 3.

Neisser, U. (1967). *Cognitive psychology*. New York: Meredith Publishing Company. Traducción al Español: Psicología Cognitiva. México: Trillas, 1976.

Raven, J.C.; Court, J.H. y Raven, J. *Test de Matrices Progresivas. Escalas coloreada, general y avanzada. Manual*. México: Paidós.

- Russell, B (1923, 1964). Vagueness. *El conocimiento humano*. Madrid: Taurus.
- Saklofske, D.H; Matthews, G.; Zeidner, M.; Deary, I.J.; Austin, E.J. & Sternberg, R.J. (1999). The intelligence-personality interface: Prospectos for integration. *Personality Psychology in Europe*, 7, 235 - 262.
- Saklofske, D.H. & Zeidner, M. (Eds.), (1995). *International Handbook of personality and intelligence*. New York: Plenum.
- Sánchez Cánovas, J. & Sánchez López, M.P. (1994). *Psicología diferencial: Diversidad e Individualidad humanas*. Madrid: Editorial Centro de Estudios Ramón Areces.
- Sharp, D.; Cole, M. & Lave, C. (1979). Education and cognitive development: The evidence from experimental Research. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 44, 1 - 2.
- Snow, R. (1995). Forward. En D.H. Saklofske & M. Zeidner (Eds.), *International handbook of personality and intelligence*. (pp.11-15). New York: Plenum.
- Stankov, L., Boyle, G.H. & Cattell, R.B. (1995). Models and paradigms in personality and intelligence research. Sternberg, R.J. (1982). *Human intelligence II. Cognition, personality and intelligence*. Cambridge: Cambridge University Press. Traducción al español en 1987, Barcelona: Limpergraf.
- Sternberg, R.J. (1997). *Inteligencia humana II. Cognición, personalidad e inteligencia*. Capítulo 6, 479-534. Barcelona: Paidós.
- Sternberg, R.J.; Conway, B.E.; Ketron, J.L. & Bernstein, M. (1981). People's conceptions of intelligence. *Journal of Personality and Social Psychology*, 41, 37 -55.
- Sternberg, R.J. & Grigorenko, E.L. (1997). Are cognitive styles still in style? *American Psychologist*, 52, 700 - 712.
- Wagner, D.A. (1978). Memories of Morocco: The influence of age, schooling, and environment on memory. *Cognitive Psychology*, 10, 1 - 28.
- Witkin, H.A. & Goodenough, D. (1981). *Estilos cognitivos. Naturaleza y orígenes*. Madrid: Ediciones Pirámide.
- Zeidner, M. (1995). Personality traits correlates of intelligence. En D.H. Saklofske & M. Zeidner (Eds.), *International handbook of personality and intelligence*. (pp 299 - 319). New York: Plenum.